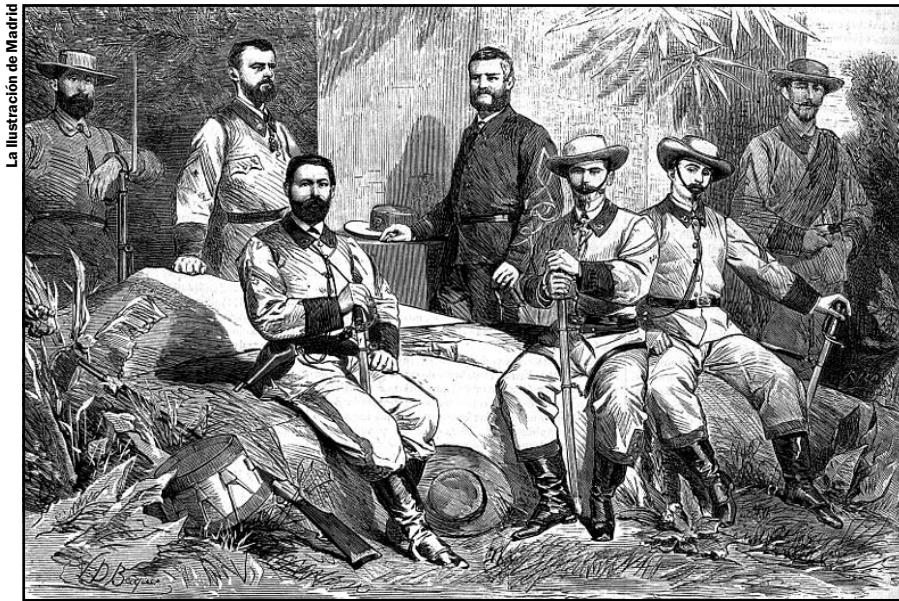


Integrismo versus Independencia

Los partidarios de mantener el dominio español en la Isla derrocharon mucho dinero en las cortes madrileñas con el fin de malograr cualquier intento de reformas

Por **MERCEDES GARCÍA RODRÍGUEZ***



Los Voluntarios, un puntal del integrismo.

EN los primeros días del mes de octubre de 1868, el capitán general Francisco Lersundi, ante la conspiración independentista que se fraguaba en el oriente cubano, activó y puso en alerta de combate, al Cuerpo de Voluntarios, también denominado Cuerpo de Nobles Vecinos, que funcionó, en determinadas coyunturas, como fuerza paramilitar, auxiliando al Ejército en la protección del orden interior en la Isla.

Los Voluntarios fueron empleados para cubrir las bajas del Ejército regular y para sostener un mayor flujo de hombres sobre las armas en la manigua, un reclamo de las tropas ante la falta de refuerzos desde la península. No obstante, hubo un acuerdo tácito entre Lersundi y los coroneles del Cuerpo, todos hombres ricos e influyentes, por el cual los altos mandos se comprometían a cubrir el flanco citadino, para asegurarse de que la guerra no pasaría al occidente y que en las prósperas ciudades el *statu quo* no sería alterado.

Aunque Lersundi cesó en su cargo en enero de 1869, ello no implicó cambio alguno para los Voluntarios, quienes encabezaron entre ese año y 1871 los actos más turbulentos y dolorosos de represión en las ciudades y pueblos del interior, y aprobados por el Capitán General de turno, quien desde su palacio de Gobierno los incentivaba o toleraba.

Es conocido que los integristas más poderosos de Cuba, peninsulares casi todos, trabajaron duro y derrocharon mucho dinero en las cortes para penetrar la escena política española, con el fin de malograr cualquier intento de reformas insulares y sostener a toda costa el régimen colonial; traducido en una política de monopolios y privilegios para empresas y negocios comerciales de origen hispano y también para sostener, sin competencia posible, su cercanía y control del poder político y el fisco. Por ello, su maniobra principal —a través de sus agentes en Madrid— era hacer que fracasaran los intentos refor-

madores y frenar el proyecto de españoles progresistas y republicanos que pretendían abolir de forma radical y sin indemnización la esclavitud.

El hombre de confianza del integrismo habanero, escogido para esos cabildos en las cortes, fue Manuel Calvo y Aguirre. Él se encargaría de hacer, en la capital española, proselitismo a favor de su grupo, y de fundar, con dinero del Cuerpo de Voluntarios de la Isla de Cuba, un periódico para defender sus intereses, creando estados de opinión contrarios a las reformas y al levantamiento independentista.

Calvo también se ocuparía de reclutar y trasladar hombres desde España para reforzar numéricamente los regimientos que iban al frente de batalla. Para él y su socio, Antonio López, futuro Marqués de Comillas fue un fructífero negocio, al obtener los contratos para la transportación de tropas y como proveedores del Ejército y de los Cuerpos de Voluntarios.

Algunos historiadores aseguran que entre 1869 y 1871 Calvo actuó como si fuera el Ministro español de Ultramar, ya que el ocupante de esa cartera en Madrid seguía al pie de la letra sus instrucciones.

Pero, ¿quiénes conformaban el Cuerpo de Voluntarios? Su base social fue, en realidad, muy diversa si tenemos en cuenta la multiplicidad de estatus socio-económico de sus integrantes. En la cúspide estaba la élite de la oligarquía comercial-financiera, en su casi totalidad de origen español. De la metrópoli venían los voluntarios de enganche o de las llamadas quintas, buena parte de ellos reclutados en pueblos muy pobres; no tenían ni instrucción ni propiedades, y por lo general vieron a Cuba como una opción para mejorar su situación económica y la de su familia. Ellos fueron los verdaderos soldados del

integrismo insular, pues se destinaron a los campos de batalla y muchos murieron en una guerra que nunca comprendieron.

Un conjunto heterogéneo fue el de los llamados dependientes de comercio, con cierta instrucción y, sobre todo, experiencia laboral en la esfera de los servicios. Algunos detentaban un pequeño salario como empleados de una casa comercial, bodega o pulpería; otros eran carretoneros, o carboneros por cuenta propia, actividad en la que habían invertido sus pocos ahorros.

Ese grupo por lo general funcionaba como clientela política de algún comerciante importador o propietario español devenido coronel de Voluntarios, que había ayudado a los trabajadores cuando llegaron a la Isla. Sus integrantes se mantuvieron en las ciudades, dedicados al sostenimiento del orden interior y la protección de sus centros de labor. Rara vez se les vio combatir en la manigua.

Hubo criollos que se sumaron al integrismo, entre ellos, un sector importante con dinero y propiedades. Otros ingresaron como clientela de algún español a quien debían favores, o por sus propias ideas asimilistas; incluso se sumaron hombres muy pobres, sin oficios ni fortuna, pero con un sentimiento pro español, quizás debido a sus orígenes.

No escasearon en los batallones “vagos, delincuentes salidos de prisión y desertores del Ejército e incluso algunos mulatos libres”, al decir de

El Museo Universal



Grabado aparecido en la prensa española que refleja el embarque de los Voluntarios para Cuba, en el puerto de Cádiz, en noviembre de 1869.

historiadores de la época. Aunque teóricamente, según el reglamento de Cuerpo, solo se admitían blancos de origen peninsular; entre los más de 72 000 efectivos podían hallarse tanto hispanos y criollos blancos, como negros libres y algunos esclavos de zonas agrícolas que trataban de obtener su emancipación. Estos últimos fueron usados como carne de cañón en campaña.

Los Voluntarios acumularon tanto poder e influencia que llegaron a deponer a capitanes generales que no les agradaban o convenían; este fue el caso del general Domingo Dulce, a quien denominaron traidor por su amistad y relaciones familiares con los criollos, pese a que para complacer al españolismo reaccionario, dictó la ley de embargo de bienes a los denunciados como infidentes, y más tarde autorizó la venta de esas propiedades.

No puede desconocerse en esta confrontación integrismo-independientismo, el enfrentamiento exaltado de los partidarios de la colonia contra los ciudadanos civiles, para impedir su apoyo a la insurrección, empleando la coacción y el terror.

Tal fue el propósito de los asaltos a casas y palacetes, como el de Miguel

Aldama, o los actos criminales perpetrados en la acera del Louvre y el teatro Villanueva, o el fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina. Igual objetivo perseguían las campañas genocidas en los campos, como la tristemente célebre Creciente de Valmaseda.

No obstante, los insurrectos fueron radicalizándose en la manigua ante las adversidades de una guerra que ya en 1871 se presagiaba larga y de desgaste.

***Doctora en Ciencias Históricas. Miembro de la Academia de la Historia. Profesora e Investigadora Titular de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, de la Universidad de La Habana.**

Fuentes consultadas:

Los libros *Anales de la guerra de Cuba*, de Antonio Pirala; *Las insurrecciones en Cuba*, de Justo Zaragoza; *Revolución Democrática. 1868-1874. Cuestión social, colonialismo y grupos de presión*, de J. A. Piqueras; y *Cuba/España, España/Cuba. Historia Común*, de Manuel Moreno Fragnals. Documentos localizados en el Archivo Nacional de Cuba (Fondo de Donativos y Remisiones). Colección de la **Gaceta de La Habana** (ANC).

Autor no identificado



Francisco Lersundi, en octubre de 1868, activó y puso en alerta de combate al llamado Cuerpo de Nobles Vecinos.